

El 24 de febrero de 1839 los tres obispos apóstatas publicaron su acta de separación de con la Iglesia romana y de adhesión á la Iglesia cismática de Rusia, la dirigieron al emperador que se dignó aceptarla por sí mismo y por el comité eclesiástico presidido por el coronel Protasoff. En todos estos documentos gubernamentales se dice y se repite que los ruthenos, unidos hasta entonces á la Iglesia romana, se han pasado á la Iglesia rusa con tal unanimidad y entusiasmo, así el clero como el pueblo, que no se ha quedado sin adherirse á ella ni siquiera un solo eclesiástico. Falsedad insigne, pero ya hemos visto y aun veremos que no es sola (1).

El año 1832 fué para la Iglesia del rito latino tan funesto como para la Iglesia rutenounida; pues fué conmovida hasta en sus cimientos. La supresión de todos los institutos religiosos, resuelta en 1828, fué llevada á cabo en 1832. El obispo Paulowski, á la sazón presidente de la comisión administrativa del culto latino, seguía las huellas funestas de Estanislao Bohusz, quien por espacio de mas de medio siglo habia escandalizado á los fieles en la Silla metropolitana de Mihilow. Este último habia sido reemplazado en esta por un prelado recomendable, pero muy anciano, el cual no quiso aprobar de modo alguno las innovaciones subversivas. El administrador de la diócesis de Mihilow, el obispo Szyt, mostró la misma oposición, y por eso fué sacado secretamente de su morada y deportado á los confines del imperio. Habiendo quedado vacante la Silla metropolitana de Mihilow, el czar nombró para ella al obispo Paulowski, en re-

aunque acordes en los hechos, discrepan en las fechas, pues segun Henrion acaeció todo esto pocos meses antes de la muerte de Bulbak, la cual dice ocurrió en 1827, al paso que segun Rohrbacher todo esto sucedió en el año 1838.

(N. del E.)  
(1) *Vicisitudes etc.*, t. 1, parte 1.ª, párrafo 3.

compensa de la complacencia con que habia firmado é impuesto á su clero de Kaminiac, del que era auxiliar, el úkase imperial de 28 de marzo de 1836, el cual prohibia á los sacerdotes católicos admitir á la recepción de los Sacramentos á los fieles de otro rito, de otra parroquia, ó desconocidos. En 1841, á instancias del gobierno ruso, tuvo el Papa Gregorio XVI la condescendencia de dar á este obispo prevaricador la institución para la metrópoli de Mohilow, sin haber exigido antes una retractación. Por otra parte el obispo de Podlaquia en Polonia, Mous. Guthowski, defendió valientemente la causa de Dios y de su Iglesia, y por eso fué arrestado, desterrado y preso; el gobierno le acusó ante el Santo Padre, mas fué reconocido inocente. Y sin embargo, en 1841, á instancias del gobierno ruso y por complacerle, el Papa Gregorio XVI escitó al glorioso atleta á que presentase su dimisión. El mismo Papa es quien nos revela estos dos hechos en su famosa alocución de 1842.

No tardó el Papa en recibir la prueba de que sus condescendencias solo servian para estimular los ardides y violencias del czar. Si Gregorio XVI hubiera manifestado algo mas entereza, imitando mas la de su predecesor Gregorio VII, acaso habria resultado mayor bien á la Iglesia; porque el clero y los fieles del rito latino en Rusia y en Polonia combatian en defensa de su Religión con el mismo celo que los del rito unido, y sufrían los mismos padecimientos. Sabido es, por ejemplo, el valor heroico que mostraron ochocientos católicos de Podolia cuando en 1834 se quiso hacerles abrazar el cisma, á pretexto de que sus antepasados habian sido rutenos-unidos. Todos fueron gustosos á la cárcel, se mantuvieron firmes á pesar de las exhortaciones y de las amenazas que se les hacían, y declararon que mejor querían morir

cargados de cadenas que abandonar su Religión. Despues de muchas semanas, fué preciso ponerlos en libertad, porque habian podido conseguir se hiciera una información acerca de los malos tratamientos que con ellos se empleaban (1).

En Polonia todos los rutenos-unidos del obispado de Chelm, con el obispo Szumborski á su cabeza, dieron tambien un bello ejemplo. Para sustraerse al cisma resolvieron abrazar en masa el rito latino. El obispo fué inaccesible á todos los halagos, á todas las promesas y á todas las amenazas. El gobierno ruso, viendo esta decisión del pastor y de su grey, se detuvo, y hasta hizo escribir al obispo por medio del príncipe Paskewitch en 21 de marzo de 1838 que habiendo garantido el gobierno ruso á los polacos la libertad religiosa no podia pensar en ponerla obstáculos en su diócesis. Merced, pues, á su unánime firmeza los rutenos-unidos de Chelm guardaron su rito y se les dejó en paz.

Lo que el gobierno deseaba mas era ocultar á la Europa las atrocidades de su persecución contra los católicos, y con este objeto usaba de menos violencia en Polonia; pero la Providencia supo burlar esta política y descubrir á todo el universo por medio de una pobre religiosa el oprobio del gobierno ruso.

En Minsk (Lithuania) vivían en comunidad bajo la dirección de Macrina Mieczyslawska, que hacia treinta años era su superiora ó abadesa, treinta y cuatro religiosas de San Basilio, conocidas en aquella provincia con el nombre de hijas de la Santísima Trinidad, que se ocupaban en el servicio de Dios, en el cuidado de los pobres y en la educación de la niñez. Tenían en Minsk tal reputación de santidad, que á pesar de lo violento de las persecuciones

esperaba el pueblo que ellas se librasen de sufrirla; pero cuanto mas santa era su vida y mayor su crédito, tanto mas empeño tenía su obispo, el apóstata Siemaszko, en ganarlas para el cisma, persuadido de que ganándolas á ellas ganaba á toda la ciudad. Presentóse pues en Minsk, y mostrándose blando y afable al principio, se valió de toda su elocuencia para ver de persuadir á aquellas buenas religiosas que el pasarse á la Iglesia rusa nada importaba á la fé. Cuando vió que nada adelantaba con ellas, juntó los enojos con los halagos, las amenazas con las promesas brillantes que les hacia en nombre del emperador, y para intimidarles mas les enseñó los poderes de que estaba revestido, y efectivamente vieron que tenían la firma imperial y que en ellos decia el emperador: «Yo apruebo todo lo que el santo arzobispo haya podido hacer é hiciera para el restablecimiento de la Religión ortodoxa en las provincias que han tenido la desgracia de estar apartadas de ella por mas ó menos tiempo; tengo por santas, por muy santas y santísimas todas sus empresas. En caso que se opusiere resistencia á sus órdenes, mando á las autoridades militares que inmediatamente y en todas partes se pongan á su disposición y le den toda la fuerza armada que pida; y este úkase le firmo con mi propia mano. Nicolás.»—La abadesa Macrina miró tristemente á sus hermanas, luego que se hubo leído este úkase, pues era su sentencia de muerte en este mundo ó en el otro. Así pues las dijo: «La muerte aquí bajo, con persecuciones y lágrimas, y la gloria eterna en el cielo, hijas mías, ó la vida en este mundo y la muerte en el otro: escojed!» No tardaron en decidir; todas se abrazaron mutuamente, prometiéndose sostener unas á otras; Siemaszko se separó de ellas despues de haberles prodigado las mayores injurias y amenazas.

(1) *Vicisitudes etc.* t. 1, p. 331.



Sin embargo, antes de que se empeñase la lucha, creyó Macrina deber emplear todos los medios que se le ocurrieran para alejar de sus hermanas el peligro que las amenazaba. Propúsolas pues desde luego que se aprovecharan de las ofertas que algunos amigos fieles les estaban haciendo todos los días y que se dispersasen retirándose á puntos seguros donde podrian esperar hasta que llegasen mejores tiempos. «Pero ¿vendreis con nosotras?» la preguntaban.—«Yo, contestaba, debo morir en el puesto en que Dios me ha colocado, si de él no me arranca la violencia.»—«Pues entonces, le replicaron sus hijas, no nos habéis de fuga, porque nuestro deber es morir á vuestro lado.»

No habiéndole salido bien este medio, dirigió una súplica al emperador solicitando para ella y para sus hermanas se les permitiese retirarse al seno de sus familias, si se les espulsaba de su convento. En los primeros días de julio de 1837 fué Siemaszko á anunciar á Macrina que no las concedía mas de tres meses de término para que eligiesen entre el cisma ó la espulsion del convento. También trató de tentarla manifestándole los honores y dignidades que el emperador se complacería en concederla, si dejaba de seguir resistiéndose, y hasta llegó á quitarse una de sus condecoraciones é iba á ponérsela ella; pero Macrina le dijo al punto: «Guardad esa condecoración, pues haría muy mal papel al lado de mi modesta cruz, al paso que en vos sirve para ocultar el pecho en que late el corazón de un apóstata.»

Tres días despues, á las cinco de la mañana, mientras estaban reunidas en la capilla todas las hermanas, mandó Siemaszko circunvalar el convento, y seguido de un destacamento ruso entró en él con el gobernador civil de Minsk. Llevaba en la mano la petición de Macrina, y mostrándosela la echó en cara

con las injurias mas groseras el que se hubiese atrevido á escribir al emperador. «¿Ignorais, la dijo, que el emperador y yo somos una misma cosa? Toma y lee su respuesta que está al márgen: *Remítase al santo arzobispo quien accederá á esta solicitud, si ellas cambian de religion.* El plazo de tres meses que yo habia concedido, lo retiro ya; y hoy mismo, en esta misma mañana habeis de salir de esta casa, á no ser que os decidais á hacer en mi presencia la retractacion de vuestros criminales errores.»—«Nos marchamos,» dijo Macrina.—«Si, nos marchamos,» repitieron todas las hermanas; y por la última vez se postraron en la capilla y dijeron: «Señor, nosotras queremos lo que vos querais; fortalecednos; enseñadnos los misterios de vuestra Pasion, para que tengamos valor de morir por Vos.» Una de ellas no se levantó para marchar, estaba muerta.

El apóstata Siemaszko se apoderó, en la capilla, de un Crucifijo que contenia las reliquias de San Basilio, y no ciertamente por las reliquias del Santo, sino por el oro y piedras preciosas que le guarnecian. Macrina á su vez le suplicó le permitiese llevar el Crucifijo de madera que servia para las procesiones conventuales; negóse por de pronto á conceder esta petición, pero al fin le movió á ceder á ella el gobernador á quien no habia podido menos de afectar el dolor de Macrina, la cual llevando en el hombro derecho aquella cruz que tanto amaba salió así del convento seguida de sus hermanas y escoltada por un destacamento ruso. Las niñas educadas por las religiosas, y que eran mas de ciento, despertadas bruscamente por el alboroto inusitado que habia en la casa, se habian esparcido por la ciudad, llorando á lágrima viva y diciendo: «Nos quitán á nuestras buenas madres; han venido soldados para llevárselas.»

Toda la poblacion de Minsk salió al en-

cuentro de las hermanas y las alcanzó á una legua de la ciudad, en una posada donde el obispo apóstata habia resuelto detenerse para disponer se pusiese á sus prisioneras grillos en los pies y esposas en las manos. Fueron rechazados brutalmente cuantos quisieron acercarse á ellas para consolarlas ó darlas algunas limosnas. Aquellas buenas gentes, á quienes durante tanto tiempo habian edificado las hermanas con su virtud, se arrodillaban en el camino para recibir su bendicion sin que les arredrasen para ello los culatazos que les daba la tropa.

El primer día de su viage las hicieron andar quince leguas; así es que la mayor parte se caían al suelo rendidas de cansancio y exhaustas de fuerzas; pero las levantaban á palos y á culatazos, como habian alejado á los habitantes de Minsk. Macrina iba siempre cargada con su crucifijo de madera sin exhalar una queja; no desplegaba sus labios sino para consolar á sus compañeras ó cantar las alabanzas de Dios. Despues de siete días de una marcha forzada, llegaron á Witepsk, donde fueron conducidas á un convento de que se acababa de desposeer á las Hijas de la Santísima Trinidad para poner en su lugar Czernices ó *Hijas negras*, así llamadas por el trage que llevaban. Estas comunidades de *Hijas ó hermanas negras* son de ordinario reclutadas de entre las viudas de soldados rusos y de mugeres de mala vida. Es una manera de asegurar la subsistencia de unas y de poner fin al escándalo que dan las otras. Las *hermanas negras* de Witepsk pasaban la mayor parte del tiempo injuriándose, pegándose, emborrachándose con aguardiente, y en dar vivas, despues de beber, al emperador-papa Nicolás.

Púsose á nuestras religiosas en una sala baja y húmeda que caía al patio ó corral de los animales, y allí se encontraron con algunas de las hermanas espulsadas por las Czer-

nices, pues las restantes habian ya muerto de resultas de los padecimientos. Como acababan de perder á su abadesa, se echaron á los pies de Macrina y la suplicaron las tomase bajo su direccion. Macrina las bendijo y las contó en el número de sus hijas. De día y de noche llevaban puestos grillos en los pies, y tambien fueron puestos á Macrina y á sus compañeras. Encadenadas de dos en dos, se las hacia estar todo el día ocupadas en trabajos superiores á sus fuerzas; se les daba un alimento grosero y tan corto, que apenas bastaba para su subsistencia, y luego por la noche, en las pocas horas que se les concedía de descanso, no tenían mas cama que el duro suelo. El crucifijo de madera era todo su consuelo y el único adorno de su habitacion; poníanse á sus pies, y allí se olvidaban de todos los dolores sufridos durante el día, y recobraban fuerzas para soportar los del día siguiente. Desde que se las encerraba por la noche en su prision, se ponían á orar, á cantar cánticos religiosos y á cumplir con los oficios de obligacion que no habian podido cumplir durante el día, y Dios las enviaba tantos y tan eficaces consuelos, que en lo frio y húmedo de su prision, bajo los harapos que les daban para cubrir sus carnes, y con las heridas de que estaba lleno su cuerpo y la fatiga que abrumaba sus miembros, se tenían por las mas afortunadas esposas de Jesucristo.

La única privacion que les causaba continua pena era la de la Sagrada Comunión. ¡Cuál fué su gozo cuando un día vieron presentarse allí el Sr. Michalewicz, su antiguo confesor! «Padre mio, exclamaron poniéndose de rodillas, bien venido seais; vos que durante tanto tiempo nos habeis enseñado cómo hemos de vivir y morir por Jesucristo.» Y le besaban las manos, regándolas con sus lagrimas, pues lloraban de gozo, y repitiendo siempre aquel sagrado nombre de



Padre.—Entretanto notaron que se había dejado crecer la barba y que no les hablaba ya en su querida lengua polaca. Y era que efectivamente de pastor y de apóstol se había convertido en lobo y en apóstata é iba á pervertirlas y á exortarlas con un discurso estudiado á que desistiesen de lo que él llamaba una resistencia loca.—«Es Vd. quien habla? exclamó Macrina, prorrumpiendo en llanto; Vd. que tan santamente ha trabajado por la salvacion de nuestras almas, quiere hoy perderlas? ¡Oh! no, Padre mio, esto no es posible: diga Vd. que es imposible! que nosotras nos engañamos!»—«Cuando yo os recomendaba, contestó, la fidelidad á la Iglesia romana, era un insensato. Abrid como yo los ojos...»—«¡Apóstata!» interrumpió Macrina con un acento indecible de dolor, apóstata!—«Apóstata,» repitieron las hermanas, y todas se postraron á los piés del crucifijo pidiendo por el arrepentimiento y conversion de aquel hombre. Mas este no había ido á buscar oraciones, y así les declaró abiertamente que ó siguiesen su ejemplo ó que de lo contrario serian tratadas con mas dureza que nunca. Miráronle ellas con compasion, y contentándose con esta mirada no le dijeron mas palabra.

Pero él se mostró con ellas mas violento que sus perseguidores. Habíalas condenado el obispo apóstata á la pena de azotes; pero el confesor apóstata fué quien decidió que cada vez se las diese cincuenta y que esta operacion se hiciese dos veces á la semana. Con su acostumbrado silencio oyeron ellas la sentencia y á este nuevo suplicio se prepararon meditando en la Pasion del Salvador. Los miércoles y los sábados, en presencia de un numeroso clero ruso, presidido por el confesor apóstata, recibia cada hermana cincuenta azotes, y el tal confesor apóstata, teniendo fija la vista en sus víctimas, espiaba una queja, un

suspiro que pudiese darle la esperanza de haber vencido á alguna de estas generosas resistencias; pero nunca oia otra cosa que la siguiente oracion: «Por vuestra cruz y vuestros padecimientos, oh buen Jesus, salvad mi alma;» y si alguna vez dejaba de oirla, era porque el cielo contaba ya una mártir mas.

Al llegar á esta parte de la narracion, las personas que han escrito esta historia á medida que la iba contando sor Macrina, la interrumpieron preguntándola: «Pero ¿cómo? ¿ninguna de vosotras daba gritos durante esas horribles ejecuciones?»—«Ninguna, respondió Macrina; pues orábamos; no había mas sino que al principio orábamos en voz muy alta, despues mas bajo, y por último, añadió saltándose la las lágrimas, algunas ya no oraban ni alto ni bajo; lo cual era para nosotras la señal de que la que estaban azotando era ya cadáver.»—Interrogada por las mismas personas, si la naturaleza no oponia muchas veces grandes resistencias al heroismo de su fé, les contestó Macrina: «Con la ayuda de Dios, se habitúa uno á todo; al principio nos parecieron duros los golpes; pero despues ya nos presentábamos cada cual cuando llegaba el turno sin que hubiese necesidad de llamarnos.»—Y sin embargo, muchas veces se quedaban pegados á las disciplinas ó correas pedazos de carne, y este suplicio duró meses enteros!

La primera que murió de resultas de los azotes fué Colomba Gor-ka: primero perdió el conocimiento, el confesor apóstata la hizo volver en sí á fuerza de golpes, y la mandó volviere inmediatamente á continuar su trabajo; ella obedeció, se fué arrastrando hasta un carretón que tenia que cargar de todo género de inmundicias amontonadas en el patio; pero antes de concluir su tarea, cayó muerta. La segunda fué Susana Rypinska, que espiró cuando la estaban azotando. La tercera fué Sielawa, que espiró á la noche siguiente, con la mi-

rada fija en el crucifijo y la cabeza apoyada en las rodillas de Macrina. Ni fueron estas las únicas pérdidas que sufrieron las hermanas mártires durante su estancia en Witepsk. Las hermanas negras, quizá en un dia de borra- chera, encerraron á una de ellas llamada Bau- tista Downar, en una grande estufa, y allí fué quemada viva. Otra, llamada Nepomucena Grathowska, por haberse atrevido á tomar sin permiso un cuchillo para raspar del suelo una mancha de brea, escitó la ira de la superiora de las hermanas negras, la cual fué y de un trancazo partió á la Nepomucena la cabeza.

El confesor apóstata mandó se repartiesen las hermanas en cuatro calabozos diversos, creyendo que así separadas seria mas fácil vencerlas. El sitio en donde fué encerrada Macrina con ocho de sus hermanas era un sótano tan húmedo, que no podia conservarse en él provision alguna. Tenian que estar continuamente en guerra abierta con los vi- chos, que brotaban por todas partes en aque- lla cueva, para no ser devoradas por ellos. En los nueve dias que pasaron en este apo- sento ó prision, no pudieron comer mas que algunas sobras de legumbres podridas que dejaron de devorar los gusanos. Todos los dias se presentaba á ellas el confesor apóstata con un papel en la mano, que segun él contenia una fórmula de retractacion que suponía habían firmado ya casi todas las hermanas. «Miente el infeliz, decia Macrina; miente; estoy segura de que ninguna ha firmado.»

Luego que él se marchaba, y aun mu- chas veces en su misma presencia, volvian á empezar sus oraciones y á cantar cánticos y aun improvisaron algunos de estos análogos á su situacion: hé aquí uno de ellos que canta- ban bastante á menudo: «Dios mio, por tu voluntad llevamos estas cadenas; aceptad nuestros padecimientos y sostenednos siem- pre.»—Espulsadas de tu casa donde nos era-

tan grato el trabajo; á quién dirigiremos nuestras quejas contra los crímenes de estos traidores?—Dios mio, tornad en gozo nues- tra tristeza, alejad de nuestra patria el cisma; esta es nuestra única súplica.—Suframos esclavas del Señor; que si por él combati- mos, algun dia enjugará nuestras lágrimas, haciendo triunfar la fé.—Entonces rompe- remos nuestras cadenas y saltaremos toda va- lla. Sea bendita tu voluntad; tú nos coronarás en el cielo.»—Cuando se abrieron las puer- tas de sus respectivos calabozos, entonaron un *Te Deum* en accion de gracias al verse todas tan fieles como antes de esta última prueba.

El confesor apóstata había dicho al obispo apóstata que la resistencia de las hermanas quedaria vencida muy luego, y fiado en ello pasó Siemaszko á Witepsk y mandó que las hermanas fuesen al templo ruso, á la hora que él designó, para que hiciesen su abjura- cion, y dió tambien órden de que á Macrina se le entregase un báculo magnífico con el tí- tulo de madre ó abadesa general de los con- ventos de Lithuania. Pero cuando se le dijo que todos sus obsequios eran despreciados y que Macrina se mostraba siempre invencible, exclamó diciendo que acabaria con ella de cualquier modo que fuese. A la hora que él había fijado para la apostasia, fueron algunos popes y soldados rusos á intimar á las santas hermanas la marcha; pero ellas se niegan á ello, hacen sus oficios acostumbrados, y en- sangrentadas como estaban por los golpes que reciben son arrastradas á la fuerza hasta la plaza que está delante del templo.

Todo Witepsk, venciendo al fin el miedo, las había ya precedido, movidos por las voces que habían corrido de las violencias que con ellas iban á cometerse. Este inesperado con- curso desconcertó algun tanto al obispo após- tata; el cual, por lo tanto, dando algunos pa-



zos para salir al encuentro de las hermanas, afectó hablarles con bondad, y mandando á los soldados las dejasen en libertad, quiso tomar de la mano á Macrina para llevarla al templo, cual si se tratase únicamente de ejecutar una cosa convenida de antemano. Pero Macrina se aparta de él, encarga á la hermana Wawrzeka coloque delante de la puerta del templo una especie de tejo de que se servían los carpinteros que estaban trabajando en la reparacion del templo, y haciendo una señal á todas las hermanas para que se pudiesen de rodillas, coje el hacha de uno de los trabajadores, y presentándosela al obispo apóstata, le dice: «Tomad esta hacha, sed nuestro verdugo despues de haber sido nuestro pastor. Nuestras cabezas rodarán quizá en vuestra iglesia; pero lo que es nuestros pies no pisarán sus umbrales mientras Dios nos conserve un soplo de vida.» Siemaszko tiró el hacha, que fué á dar y herir en el pie á una de las hermanas, y dió á Macrina un puñetazo tan fuerte, que la rompió é hizo saltar los dientes. Macrina cogió uno de ellos, y bañada como estaba en sangre, se le mostró á Siemaszko diciéndole: «Tomad, que es un trofeo digno de vos; guardadle preciosamente, que tal vez pueda valer alguna nueva distincion.» Al oír esto, montó en cólera Siemaszko, y cayendo todo trémulo y convulso de ira, tuvieron que cojerle en brazos sus diáconos. Las hermanas, heridas y llenas de sangre como estaban, volvieron de dos en dos á su prision, escoltadas por todo el pueblo y cantando en accion de gracias un *Te Deum* acompañadas del pueblo que le repetía á coro.

Michalewicz, el confesor apóstata, no tardó en ir á dar á Dios cuenta de los dos últimos años de su vida. Este sacerdote, que antes de su apostasia no conocía sino de nombre los licores fuertes, se embriagaba ahora todos los dias con aguardiente. Un dia en que habia

atormentado mas de lo ordinario á las mártires, porque se hallaba completamente borracho, cayó en una charca ó balsa al atravesar el patio del convento, y se ahogó.

Dos años habian pasado las hermanas en Witepsk, cuando una mañana se presentó un destacamento de soldados para sacarlas de allí, diciendo que iban á ir á Polock y arrancándoles brutalmente aquel Crucifijo que tantas veces habian regado con sus lágrimas, aquel confidente de todos sus dolores, que ellas esperaban conservar todavía en este nuevo viaje. Sintieron tanto este golpe, que dos dias fueron llorando la pérdida de su amado Crucifijo. Llegadas á Polock, se las encerró primero en un antiguo convento de su orden, ocupado como el de Witepsk por *hermanas negras*. Trasladadas pocos dias despues á Spas, pequeña poblacion inmediata á Polock, se encontraron allí con diez hermanas llevadas de Wilna, las cuales habiendo perdido su abadesa, se pusieron, como las de Witepsk, bajo la direccion de Macrina.

Se trató de construir en Spas un palacio para el apóstata Siemaszko y se empleó en su construccion como operarios á Macrina y sus compañeras. Su inespencia en esta clase de trabajos costó la vida á no pocas de ellas. En un hundimiento que ellas no supieron prevenir ni detener, quedaron sepultadas vivas cinco hermanas, y no se permitió á las que fueron testigos de este triste suceso trabajar en sacarlas de entre los escombros. Las hermanas que asi perecieron se llamaban Eufemia Gurzynska, Clementina Zebrowska, Catalina Corycka, Isabel Tysenbauz é Irene Krainto. La construccion del palacio continuó mermando las filas de las hermanas. Nueve fueron aplastadas por un trozo de pared que se cayó, y otra fué muerta por una máquina de subir piedras que ella no supo dirigir; eran sus nombres los siguientes: Rosalia, princesa

Meduniecka, Genoveva Kulesza, Onufria Sielawa, Josafat Grotkowska, Calista Babianska, Josefina Gurzynska, Casimira Baniewicz, Clotilde Tarnowska, y Cleofas Krystalewicz. Los vecinos de Polock fueron por la noche á recoger los cadáveres de estas nuevas mártires, y á pesar de los esfuerzos que hicieron las autoridades rusas para descubrir el sitio en que fueron depositados los cuerpos de estas mártires, quedaron en lugar seguro.

Algunos caballeros de las cercanías no pudieron ocultar enteramente los sentimientos de compasion que esto les causaba; tanto que, segun se dice, olvidándose de todo uno de ellos, no pudo menos de esclamar al ver pasar las hermanas: «Santas criaturas, ¿seguireis todavía padeciendo durante mucho tiempo?» Pero apenas habian transcurrido veinte y cuatro horas cuando ya las familias y amigos de aquel caballero lloraban en silencio su desaparicion.

Por aquel mismo tiempo fueron conducidos á Spas algunos religiosos de San Basilio, que restos heróicos de un ejército de mártires llevaban todos en sus personas las honrosas huellas de sus gloriosos trabajos. Macrina y sus compañeras, tan fuertes contra sus propios males, se llenaron de pena al ver los ultrajes que se cometian contra aquellos dignos siervos de Dios. Vieron á cuatro de ellos, mas que septuagenarios, colocados sucesivamente bajo una bomba, de la cual el agua que caía, congelándose al contacto del aire, los envolvía como con un manto de hielo y allí murieron. Los nombres de estos generosos confesores eran: Zawecki, Buczynski, Zilewicz y Komar, todos cuatro, como casi todos los basilios, de ilustre cuna y superiores de comunidad. Otro basilio, tambien muy anciano, el presbítero Laudanski, á quien en el convento de las *hermanas negras* se empleaba en los mas duros trabajos, un dia en que cayó abrumado con una carga de leña, fué en presencia de

todos herido con tanta fuerza en la cabeza por un diácono, que allí quedó muerto consumándose asi su martirio.

En uno de los muchos dias en que los popes y las *hermanas negras* se emborrachan juntos, lograron escaparse los sacerdotes mas jóvenes que habia entre los basilios que aun quedaban. Luego que Siemaszko supo su fuga, anunció que inmediatamente iria á Spas. Esto bastó para que el protopope Iwan, á quien se habia confiado la custodia de las hermanas, redob'ase con ellas sus rigores. Dispuso pues que no se les diese mas alimento que areasques salados, prohibiéndoles absolutamente la bebida. Si pedian se les permitiese siquiera tomar un sorbo de agua, al momento se les ponía por condicion que se alhiriesen al cisma. Preparáronse á morir de este nuevo tormento que les pareció el mas horrible de todos; pero afortunadamente se desistió de darlas ese tormento, condeñándolas en su lugar á no comer mas que de dos en dos dias un poco pan y agua. Dieron ellas mil gracias á Dios por esta variacion, aunque como se las obligaba á unos trabajos tan duros, padecian algunas veces una hambre tan cruel, que comian á escondidas algunas hortigas picadas y aun de la comida que se echaba á los animales domésticos de que cuidaban.

Llegó Siemaszko, y con un solo hecho hizo ver qué espíritu animaba al gobierno ruso y al clero ruso en tiempo de Nicolás Romanow. Emborrachó á unos diáconos y paisanos rusos, y despues les echó las santas religiosas, diciéndoles hiciesen con ellas lo que quisiesen. Dios, que velaba por ellas, las preservó de todo ultraje; mas para coronar cuanto antes á algunas de ellas, permitió que aquellos hombres, en el furor y embriaguez en que se encontraban, se dejasen llevar á inauditos excesos de crueldad. Bien pronto se convirtió aquello en una escena de sangre y de